

## ACERCA DE LA DEFINICIÓN Y USO DE LAS FUENTES. UNA PERSPECTIVA INDÍGENA AMERICANA<sup>1</sup>

José Luis de Rojas (Universidad Complutense de Madrid)

### RESUMEN

En este trabajo se deja patente la necesidad que tiene el historiador de utilizar fuentes arqueológicas, etnohistóricas y etnológicas; más todas ellas deben someterse a una crítica preliminar, que tras haber sido descifrado el texto en las bibliográficas y documentales, permita interpretar su sustancia y contenido, confirmar la autenticidad y determinar la veracidad. También se analiza la importancia de buscar nuevas fuentes y trabajarlas junto con las tradicionales.

### ABSTRACT

A set of epistemological considerations about the use and comparison of archaeological, ethnohistorical, and ethnological sources as indispensable working tools for the historian.

El historiador económico (como, por lo demás, el historiador general y quien cultive cualquier otra rama de la historia) se distingue del novelista por el hecho de que no inventa lo que cuenta, incluso aunque a veces su intuición o su fantasía puedan tentarlo para que llene determinadas lagunas con hipótesis más o menos gratuitas. El historiador (económico y no económico) reconstruye el pasado a partir de una documentación a la que debe atenerse según unos criterios rigurosos, de los que hablaremos más adelante. Su capacidad se mide precisamente por el rigor y la inteligencia con que sabe hacer uso de la documentación disponible. El estudiante y el público en general, cuando leen un libro de historia, tienden a centrarse en el hilo del relato, fiándose implícitamente de lo que expone el historiador, y pocas veces se plantean de manera explícita el problema de la calidad del trabajo de documentación que está en la base de la obra estudiada. La torpe costumbre editorial de relegar las notas de referencia al final de cada capítulo o incluso al final del libro (en lugar de ponerlas donde debe ser, es decir, a pie de página) refuerza esa tendencia a la credulidad acrítica. Y, pese a ello, es

---

<sup>1</sup>. La primera versión de este trabajo fue presentada en el I Curso sobre Fuentes que tuvo lugar en el Museo de América de Madrid en abril de 1996. Aprovecho para reconocer distintos niveles de estímulo para realizar este trabajo. El más cercano es el de Juan José Batalla que me comprometió a abrir con un tema teórico el curso. Ana Verde, conservadora del museo y organizadora del curso aceptó la propuesta. A ambos mi agradecimiento. Al Departamento de Historia de América II (Antropología de América) por haberme hecho impartir las clases de Etnohistoria de América que me obligaron a hacer reflexiones puntuales que - debo reconocer - debía haber hecho mucho antes, pero no recibí la debida orientación a tiempo. Y a la editorial Crítica por hacernos llegar tan buenos libros y a Luis Domínguez por vendérmelos.

precisamente la calidad del trabajo de documentación la que determina la mayor o menor validez de la obra histórica.<sup>2</sup>

Así comienza el capítulo 3 del libro de Cipolla, dedicado a "las fuentes". Contundente e invitador, pero a nosotros nos gustaría que lo fuera un poco más y por eso abrimos estas páginas con él: los estudiantes (entendemos que se refiere a los de historia) no son público general. Son aprendices de brujo a los que hay que enseñar el oficio y parte de él es la lectura "profesional" de las obras de los futuros colegas. Sin perder el hilo, hay que examinar la textura, componentes, calidad, trama, etc. Si no se hace así, no se convertirán en historiadores sino en consumidores de libros de historia. Se puede aprender mucho de la lectura "profesional": vocabulario, sintaxis, argumento plasmado en la ordenación de los temas - es decir, la parte literaria del trabajo - y la documentación utilizada, la consultada y por tanto, la desechada, con las razones para ello - la parte histórica del asunto -. Todo ello se aprende. Sin prisa y sin pausa, y cuanto antes se empiece, mejor. No guardemos los arcanos para el rito de paso de la graduación.

Pasemos ya a hablar de las fuentes, de las que mana el alimento de nuestra sabiduría. Y pongamos de manifiesto que no son algo inmutable. En el pasado, los historiadores leían y aprovechaban libros de historia. Después, vino la pasión por los documentos, sumergiéndose a los estudiosos en los archivos, para pasar más adelante a apreciar otros testimonios. Ahí hay una aproximación entre algunas formas de ver la historia y los etnohistoriadores (ese híbrido de antropología e historia, cuando no protector de iconoclastas y heterodoxos). Algunos hemos llegado a esa nueva historia desde una adscripción de etnohistoriador y hemos encontrado en Febvre, en Bloch o Braudel la definición de lo que los teóricos de nuestro campo no conseguían mostrarnos. Y entre ellas un concepto de las fuentes que supera el de "documento escrito":

Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero todos los textos. Y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio: el privilegio de extraer de ellos, como decía el otro [el físico Boisse], un nombre, un lugar, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo, concluía de un historiador despreocupado por lo real. También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia.

Está claro que hay que utilizar los textos, pero no exclusivamente los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo se utilizan y, principalmente, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, la demografía que sustituye a la genealogía en la misma medida, indudablemente en que demos reemplaza en su trono a los reyes y príncipes.<sup>3</sup>

Las cosas se han complicado para los historiadores, pues las herramientas a utilizar,

---

<sup>2</sup>. Cipolla 1991: 35.

<sup>3</sup>. Febvre 1974: 29-30.

los conocimientos necesarios para extraer datos de esas fuentes son distintos de los tradicionales. Y vamos acumulando un retraso considerable, pues cuando uno examina los capítulos dedicados a la crítica de fuentes en diversos libros, se encuentra que se refieren abrumadoramente a la crítica de documentos escritos. Una lectura "profesional" de muchos de esos libros nos descubriría que sus autores trabajan épocas y lugares donde abundan los documentos escritos (a veces, ni siquiera eso es necesario: conocemos al autor). Claro, que aún debemos soportar el estigma de no dejar entrar en la historia los períodos y espacios en que no hay escritura o existen unas que no comprendemos, como en la Mesoamérica prehispánica. Uno de los desafíos americanistas es "recalificar" el estudio del período clásico maya tras el desciframiento de su escritura, que ha supuesto un gran avance científico para la Humanidad y un considerable quebradero de cabeza para los mayistas de la "vieja escuela" que ven ahora como se produce un cambio radical en los fundamentos de su oficio. Y hay que renovarse o morir, aunque haya algunos que esgriman argumentos de todo tipo para defender sus feudos.

Pero volvamos a las fuentes. Con su particular estilo literario, González<sup>4</sup> va más allá que Febvre:

El clonista reconstruye las acciones humanas del pasado al través de cicatrices terrestres, cadáveres, tumbas, monumentos, leyendas y dichos de transmisión oral, supervivencias, documentos y libros...

Es obvio señalar que tales novedades cuestionan las viejas definiciones de "fuente". Pero ya hay nuevas, y citamos una, precisamente para comentar su coiletila y para citar un libro reciente cuya lectura queremos recomendar:

Fuente histórica sería, en principio, *todo aquel objeto material, instrumento o herramienta, símbolo o discurso intelectual, que procede de la creatividad humana, a cuyo través puede inferirse algo acerca de una determinada situación social en el tiempo.*

Una definición de tal tipo indica ya de entrada el carácter extremadamente amplio y heterogéneo de una entidad como la que llamamos "fuente".

Tal vez, la diferencia sustancial entre el acervo documental que lega la historia y la documentación utilizable por cualquier otro tipo de investigación social es la *finitud* irremediable de todo lo que es documentación de la humanidad en el pasado. Las fuentes históricas son teóricamente finitas. La cuestión es si están descubiertas o no. Sin embargo, de ello no se deduce en absoluto que la investigación de algún momento de la historia pueda detenerse por agotamiento de las fuentes. Como ya hemos señalado, ni la investigación histórica ni ninguna otra depende en exclusiva de la aparición de fuentes de información, sino de explicaciones cada vez más refinadas.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup>. 1988:93.

<sup>5</sup>. Aróstegui 1995: 338.

Aparece el método de trabajo, cuya renovación también constituye un aporte. En vez de fuentes nuevas, se presentan nuevas maneras de ver las antiguas, bien sea su valoración, bien la utilización de los datos que proporcionan.

Cipolla<sup>6</sup> distingue tres fases en el trabajo de documentación del historiador:

- 1) Recopilación de fuentes documentales;
- 2) Análisis crítico de esas fuentes;
- 3) Interpretación y utilización de las mismas.

Y más tarde nos descubre que no son sucesivas. Cito todo el párrafo, pues es uno de mis favoritos:

La recogida de fuentes, su valoración y su interpretación, y, de hecho, la reconstrucción final del acontecimiento histórico, que es el objetivo de todas las demás operaciones, se producen, por así decirlo, de forma simultánea en un solo y amplio frente. Igual que el detective, también el historiador, cuando recoge sus fuentes, las estudia, las valora y las interpreta, formula en su imaginación, uniendo un dato con otro, una hipótesis sobre lo que puede haber ocurrido realmente en la época y en la sociedad que estudia. Después puede que encuentre nuevas fuentes, que lea nuevos documentos y que ello le haga modificar sus juicios anteriores, su anterior interpretación de las fuentes o la reconstrucción histórica que había supuesto con anterioridad. Y así sucesivamente, en un trabajo constante de aproximaciones sucesivas, de revisiones continuas, de *feed-backs* permanentes entre problemas, hipótesis, supuestos, fuentes, interpretaciones e imaginación. La reconstrucción final del acontecimiento histórico surge, por tanto, gradualmente en la mente del estudioso como una imagen que se va enfocando poco a poco: al principio es borrosa, deformada o incluso invertida; y luego va haciéndose más precisa y mejor definida.<sup>7</sup>

Claro que lo que dice Cipolla podría (más bien creo que debería) aplicarse a un colectivo. Diversos investigadores pueden estar tratando el mismo problema. En tiempos distintos, lo que produce un avance en la historiografía o simultáneamente, donde debería primar la comunicación. Debo confesar que me dan envidia los estudiosos de la escritura maya, que trabajan conectados por diversas vías y se reúnen para dar cuenta de sus avances. Yo creía antes que los congresos estaban para eso, pero cada vez le dan a uno menos tiempo para exponer su trabajo y le invitan a discutir fuera de sesión los asuntos espinosos para no ocasionar retrasos.

Regresemos al texto de Aróstegui. La figura del agotamiento de las fuentes está en consonancia con los significados de la palabra. Una fuente "mana", en este caso datos. El problema es beber de ella. Ni siquiera los textos nos suelen decir para qué sirven. Esa es otra

---

<sup>6</sup>. 1991: 36.

<sup>7</sup>. Cipolla 1991: 81.

parte del trabajo que traemos a colación para citar dos obras. Primero Finley<sup>8</sup>:

Los documentos por si mismos no plantean preguntas, aunque, de vez en cuando, proporcionen respuestas.

La otra, Kragh<sup>9</sup> quien va más allá. Creo que mantiene la postura más osada con respecto a la definición de fuente que he leído, y además, me gusta. La cito primero por extenso, para pasar después al comentario:

Una fuente es un elemento objetivamente dado, material, procedente del pasado, y creado por seres humanos, por ejemplo, una carta o una vasija de cerámica. Pero en sí mismo este objeto no es una fuente. Podría llamarse un vestigio del pasado o un objeto fuente. Para que el vestigio alcance la categoría de fuente debe constituir un testimonio del pasado, tiene que decirnos algo de él.

El vestigio debe poder ser utilizado para darnos parte de la información que comporta de manera latente. Es el historiador el que convierte el vestigio en fuente mediante su interpretación. Planteándole preguntas a partir de determinadas hipótesis (que no necesitan tener ninguna base documental), el historiador obliga a la fuente a revelar su información. A diferencia del vestigio, la fuente no es, en cuanto fuente, un objeto material, sino que ha de ser considerada como una información que se nos ha dejado. La información revelada por la fuente, y en este sentido la propia fuente, se convierte en una interacción entre el objeto-fuente y el historiador, un punto de encuentro entre el pasado y el presente. De aquí se sigue que mientras que el objeto-fuente es algo fijo, la misma fuente puede desvelar unas informaciones distintas y posiblemente contradictorias.

En capítulos anteriores hemos visto que las fuentes no se dan de una vez por todas, sino que se originan en el proceso dialéctico entre los vestigios del pasado y las interpretaciones del presente.<sup>10</sup>

Dicho de otra forma: no existen las fuentes per se, pero sí hay fuentes para estudiar este o aquel asunto. Más o menos fuentes, según las ideas de los investigadores. Es decir, lleva Kragh a las últimas consecuencias un postulado básico del quehacer histórico: lo importante es el problema. Ya nos lo había dicho Febvre<sup>11</sup> :

En el mismo sentido, me veo obligado a declarar en bien del oficio, de la técnica, del esfuerzo científico, que si el historiador no se plantea problemas, o planteándose los no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos.

---

<sup>8</sup>. 1986: 74.

<sup>9</sup>. 1989.

<sup>10</sup>. Kragh 1989: 159.

<sup>11</sup>. 1974: 44.

Y con más extensión, Cipolla<sup>12</sup> :

Toda investigación, si quiere tener un sentido, debe tratar de dar respuesta, aunque sea parcial y provisional (en la ciencia no existen respuestas definitivas), a un problema o grupo de problemas. Lo primero que hay que hacer, pues, cuando se emprende una investigación o se inicia la elaboración de un texto, es formular el problema (o conjunto de problemas) al que se pretende dar respuesta. La calidad de la respuesta depende mucho de la claridad con que se plantee el problema. Un problema planteado en términos confusos, imprecisos e incluso inadecuados sólo puede dar lugar a respuestas confusas e imprecisas.

Así que ya tenemos otro elemento de la lectura "profesional": descubrir el problema que se dilucida y la manera en que se realiza.

Ahora bien, si no existen las fuentes ¿por qué las clasificamos? Hasta Kragh deja de llamarlas "objeto-fuente" cuando habla de su tipología, aunque precisa, por ejemplo, que una fuente puede ser primaria o secundaria "según se utilice y para qué"<sup>13</sup>. Otra vez el problema como director. Podría haber seguido enumerando otras cualidades pero no lo hace o haber resumido, simplemente, mencionando como elemento básico la adecuación de la fuente al problema, o mejor aún, si el objeto puede responder a lo que preguntamos y de qué tipo será la posible respuesta. Creo que la "búsqueda de fuentes" debe ir más en ese sentido en primer lugar.

Vamos a aprovechar para destacar el papel del proyecto de investigación en el trabajo. Un buen proyecto previo no solamente nos guiará en la formulación de las preguntas y la elección de las fuentes. Nos permitirá observar qué preguntas quedan sin respuesta, cosa difícil de realizar cuando acumulamos datos y los ordenamos, sin reflexionar si cubren todas las posibilidades. Hay vacíos en la documentación, no solo en los textos de los archivos. Y no siempre se ha perdido. A veces no se ha producido, o no existe de forma directa, pero eso no elimina el problema. Habrá que seguir buscando información o decidir si "ejercer de novelista".

## CLASIFICACIÓN DE LAS FUENTES

Como hemos visto, varios autores han dedicado sus esfuerzos a este problema. Criterios diferentes han sido utilizados, tales como fuentes mudas o elocuentes, simbólicas o no simbólicas, materiales o culturales, pero en general, los esfuerzos mayores se centran luego en las fuentes escritas.

Aróstegui<sup>14</sup> dispone diversos criterios taxonómicos que se combinan entre sí, como son posicional, con el que las dividió en directas e indirectas, intencional (voluntarias y no voluntarias), cualitativo (materiales o culturales) y formal-cuantitativo (seriadas o seriables y no seriadas o no seriables). Remitimos al lector a la obra referida para un desarrollo

---

<sup>12</sup>. 1991: 30.

<sup>13</sup>. Kragh 1989: 160-161.

<sup>14</sup>. 1995: 340 y ss.

pormenorizado.

No piensen que es un contrasentido negar la existencia de las fuentes per se y hablar luego de clasificación. En realidad podemos hacer dos: una, la de los tipos de objetos susceptibles de convertirse en fuentes y otra, la de las fuentes ya establecidas por un investigador para realizar su trabajo. Y las dos son pertinentes. La primera nos habla de los problemas que encontraremos para extraer la información. Eso incluye a los especialistas a los que tendremos que acudir para resolverlos, pues no todas las operaciones estarán en nuestra mano. También, saber si ya existen o hay que buscarlas, con la duda de si habrán sido producidas, y en caso afirmativo, si se habrán conservado. La segunda tiene que ver con los tipos de información que podemos obtener y su alcance. Aquí podremos aplicar muchos de los procesos tradicionales de la crítica de fuentes, aún los pensados para textos escritos que puedan referirse a otros materiales. Fundamentalmente hay dos variables significativas que se combinan y que podríamos reducir a continente y contenido. Cipolla<sup>15</sup> y referido a las "fuentes primarias", nos dice que pueden ser alguna de estas combinaciones:

- 1) una fuente falsa con un contenido falso;
- 2) una fuente falsa con un contenido verídico;
- 3) una fuente genuina con un contenido falso;
- 4) una fuente genuina con un contenido verídico.

Pasa a continuación a explicarlas, mediante ejemplos que no vamos a repetir aquí. Si comentaremos que el primer criterio no ofrece lugar a dudas: o el objeto es lo que pretende ser y eso incluye en los textos ser de la época y autoría pretendida, o no lo es. No hay punto medio o casi. La segunda en cambio ofrece matices. En primer lugar el contenido, y más cuando es extenso, puede ofrecer una compleja gama. Unas cosas pueden ser verdad y otras no, amén de las medias tintas. Y además están los errores y las erratas. Retomemos el "casi" de hace unas líneas y veamos un ejemplo preocupante, que tiene que ver con la relación objeto-investigador:

Lo cierto es que la idea de autenticidad es cambiante según el uso que se haga de la fuente, según para lo que sirva. Me encontré en un archivo municipal una supuesta merced de tierras dada en 1531 por el virrey Antonio de Mendoza a un pueblo de la ribera sur del lago de Chapala. Para quien investigue el origen de las tierras comunales de Cojumatlán ese documento no es auténtico, pero para quien quiera saber cómo el pueblcito trató de defender sus tierras de la expansión de la hacienda de Guaracha en el siglo XIX, es una fuente auténtica.<sup>16</sup>

Cuestión de puntos de vista. El caso es que lo que buscamos a veces no nos deja ver lo que encontramos. Un ejemplo novohispano tiene mucho que ver con lo que dice González, pero multiplicado. Toda una sección de códices del catálogo que aparece en el *Handbook of Middle American Indians* con numeración aparte es la que conocemos como Códices Techialoyan. Deben su nombre al primero de la lista, el Códice de San Antonio Techialoyan,

---

<sup>15</sup>. 1991: 53-54.

<sup>16</sup>. González 1988: 119. Para los no especialistas, aclararemos que D. Antonio de Mendoza fue virrey de Nueva España de 1535 a 1550, por lo que el error en la fecha es grosero y la falsedad - desde esa perspectiva- es notoria.

pueblo del Estado de México. En general son descripciones de las tierras que tenían diferentes pueblos, pertenecen a la segunda mitad del siglo XVII o primera del XVIII y han generado muchas discusiones, pues contienen errores tan evidentes como el del documento que encontré González. Por ello han sido tildados de falsificaciones, cuando lo único que ocurre es que parte de su contenido es falso. Se ha dedicado tanto tiempo a discutir la autenticidad del contenido que se ha descuidado su verdadero papel que es el servir de prueba en la corte de justicia. De hecho conocemos algunas personas dedicadas a su fabricación<sup>17</sup>. Parece que la "fabricación" de documentos estaba bastante extendida, pues otro grupo más o menos de la misma época y temática, pero escritos en caracteres latinos goza de las mismas particularidades. A lo mejor los dos son distintas formas de un mismo proceso, pero los estudiosos de códices no comparten los intereses de otros grupos de investigadores, por lo que se les opaca una vía de demostración de la autenticidad de sus documentos.

Y es que la mera existencia del objeto-fuente es un dato en sí mismo, de trascendencia variable. En el caso de los documentos hay mucha información aneja a su aparición sin necesidad de verificar el contenido. En el caso de los Techialoyan podemos extraer información de su número (aparecen 48 en el catálogo, aunque algunos son discutibles y, por contra, disponemos de otros hallados con posterioridad a la publicación de Robertson), de su letra, del lenguaje que usan, de la composición de la obra, con "pinturas" y caracteres latinos, del lugar en el que se han hallado, del lugar al que se refieren (sin olvidar su tamaño) de las referencias a ellos en otros documentos, etc. Nos hablan de la mentalidad de sus autores (directos e indirectos) en más de una dirección y del mundo en el que vivían. Y es que no es que piensan que los títulos que presentaban iban a tener alguna validez: es que la tuvieron. En algún momento tendremos que estudiar esa lucha entre pueblos, con todos sus documentos, y poner las cosas en su lugar.

## CRÍTICA DE FUENTES

Comencemos mencionando que se trata de un "singular colectivo". Hay muchas críticas, pues el mismo aparato no es aplicable a todos los tipos de fuentes, aunque, como hemos mencionado ya, podamos distinguir una crítica del objeto y otra de su valor como fuente. Aquí es donde los autores se vuelcan con los textos escritos y dejan de lado lo demás. Como ejemplo, volvamos a Cipolla<sup>18</sup> :

La crítica de las fuentes supone básicamente cuatro procesos:

- 1) el descifrado de textos;
- 2) la interpretación de su substancia o contenido;
- 3) la confirmación de su autenticidad; y
- 4) la determinación de su veracidad.

El punto 1 tiene bastante incidencia en América, pues tenemos varios sistemas de escritura indígena en distinto grado de desciframiento, más la escritura latina, más o menos enrevesada según época y amanuense. Y para todas ellas hay especialistas a los que acudir

---

<sup>17</sup>. Wood 1987, 1989.

<sup>18</sup>. 1991: 52.



si no estamos capacitados para realizar nosotros mismos el trabajo. Y hablando de capacidad, hay una cosa que Cipolla y otros autores no mencionan, y probablemente no lo hacen por la razón con la que inicia su párrafo sobre la lengua González:

Otra perogrullada: para comprender lo dicho por un autor hemos de conocer la lengua que usa. Como toda lengua cambia en el tiempo y varía según las regiones, la obligación lingüística incluye el conocimiento de la lengua de la época y la lengua del país de que se trate. Todavía más: han de conocerse la lengua del medio o los giros usados por la corporación a que pertenece el responsable de un texto, pues varían los modos de escribir del ejército, de la iglesia, de la administración pública y demás cuerpos sociales. No menos importante es el conocimiento del vocabulario y otras manías lingüísticas personales de un autor, y por último, ha de tenerse en cuenta el sentido general del texto, comúnmente llamado contexto.<sup>19</sup>

Y los americanistas españoles e hispanoamericanos llevan terreno andado por hablar castellano, lengua en la que está escrita la mayor parte de los documentos, pero los de otros lugares han de empezar por ahí o trabajar con traducciones, con los riesgos que ello implica.

Es momento para lamentaciones. Siendo la historia -concesión a nuestros predecesores - una disciplina que depende tanto del análisis textual, del estudio de la escritura y de la lengua, incluyendo la evolución de ambos, ha permitido en nuestro país que la filología se separe y emprenda camino aparte. No sé cuán de menos echarán los filólogos a los historiadores, pero como historiador no puedo menos que lamentarme de la falta de formación filológica que recibí en la carrera de historia y mucho más de la que reciben nuestros alumnos. Por lo menos, tuve la suerte de aprender conjuntamente latín e historia del mundo romano gracias a los desvelos de D. Francisco Torrent en el bachillerato y eso "imprime carácter".

Uno de los aspectos en que más echo en falta ese conjunto caminar es en la edición de textos. Una parte de nuestra tarea es la de poner a disposición de los colegas documentos que encontramos, bien aisladamente, bien en colecciones. Otra gran parte es el uso que hacemos de los documentos publicados por nuestros colegas.

Escasean las ediciones críticas. Uno encuentra ediciones sin anotar, como si no hubiera habido un solo problema de lectura, ni nada que comentar. Y el caso es peor con las traducciones tanto de lenguas indígenas como de castellano a otras lenguas. Y la barbarie - al menos para mí - de la "modernización de la ortografía", la puntuación, los arreglos sintácticos, las antologías y otras tropelías realizadas en aras de llegar a un público más amplio, como si ese público amplio realmente fuera a estar interesado en leer documentos antiguos - y si lo están ¿por qué adulterárselos? -. Y con ello, se convierten la mayoría de las ediciones en aproximaciones a un texto que obligan al investigador a acudir a facsímiles, fotocopias, micropelículas u originales. Trabajo y tiempo perdido (no el del investigador, el de los editores). Claro que lo preferible es trabajar con los originales o lo más próximo a ellos, pero si no hacemos ediciones adecuadas ¿por qué valoramos el hacerlas? Y vuelvo a la envidia: abramos un texto editado por un filólogo, clásico o castellano, o un Clásicos castellanos. Y aprendamos la lección.

Porque si tomamos un libro de historia, las citas son abundantísimas. A pie de página, a final de capítulo o de libro, o en el texto según el "sistema americano". A cada cual le gusta

---

<sup>19</sup>. González 1988: 127-128.

el suyo y se le resisten los demás. Se exige minuciosidad en apuntar autor, año, título, volumen, archivo, página y transcribir exactamente con "sics" incluidos los textos en los que nos basamos. Y no hemos tenido el mismo cuidado con nuestros documentos.

Antes de dejar las citas, un apunte, tomado de Kragh, que son las "referencias cosméticas": esas citas que no aportan realmente nada al texto y que uno pone para que se vea lo que ha leído y para ver si el autor citado, en agradecimiento, te cita luego a ti. De hecho hay "circuitos de cita" que contribuyen a dar relevancia a los autores en el mundo de la "cientimetría". Y a veces pasa que la pescadilla acaba por morderse la cola y no se ha demostrado nada. La "cientimetría", la valoración del científico por el peso de sus publicaciones produce numerosas publicaciones "curriculares" o "cosméticas" que no aportan nada, pero en las que caemos todos. Por este motivo, este texto no se dedica a enumerar los teóricos de la historia o de la crítica de fuentes. En las pocas obras intencionalmente presentadas hay suficiente bibliografía para saciar la curiosidad más profunda. Volveremos sobre esto más adelante.

Una pequeña definición de la moderna crítica de fuentes:

Pero los progresos de la crítica se deben en igual o parecida medida al progreso mismo de las concepciones sobre la historiografía, al progreso de la relación de la disciplina con sus vecinas y afines, a los progresos de la filología, las técnicas de análisis textual, la comparación estadística y el propio diseño de la investigación historiográfica. Los problemas de la crítica de fuentes han debido ser así puestos en contacto con los ámbitos técnicos del laboratorio químico, de los análisis lingüísticos, de técnicas de análisis de textos, incluida la informática, de los conocimientos crítico-documentales o de la estadística. la crítica de las fuentes ha dejado de ser una labor "artesanal" guiada muchas veces por el buen sentido y los conocimientos comparativos, para convertirse en una tarea tecnificada, más fácil y más compleja a un tiempo, que las antiguas. La rémora consiste en que en este campo se arrastra también mucha idea obsoleta, mucha supuesta técnica absolutamente ineficiente y ciertos convencimientos infundados, entre los que resalta la persistente idea de que la actividad historiográfica no tiene relación con ningún otro de los conocimientos y técnicas de trabajo en la investigación social.<sup>20</sup>

Si hay trabajos especializados, hay que dejar paso a los especialistas, pues uno no puede abarcarlo todo. Y al mismo tiempo, exigirles. Para que su trabajo sea útil, debe ser de confianza. Más o menos, lo mismo que decíamos de los editores de fuentes: han de conocer su oficio y demostrarlo. Por nuestra parte, hemos de hacer lo mismo, pues si no ¿para qué escribir? Vienen a cuento aquí otra vez las palabras de Cipolla con las que abríamos: con la documentación tratamos de demostrar la validez de nuestros asertos, permitiendo reconstruir nuestro proceso lógico. Y una advertencia: las citas descontextualizadas, las lecturas parciales, desvirtúan los discursos. Los de los autores contemporáneos y los de las "fuentes".

Una costumbre inveterada es la de distinguir entre fuentes primarias y secundarias, documentación o bibliografía. De hecho, las "bibliografía" de algunas obras aparece dividida entre "fuentes de archivo", "fuentes publicadas" y "bibliografía". Yo recomiendo hacer una sola lista de obras citadas, en cuya presentación queda patente de qué se trata. Un recurso,

---

<sup>20</sup>. Aróstegui 1995: 350.

por ejemplo, es poner entre paréntesis el año de redacción o primera impresión de documentos antiguos o crónicas. Pero no veo ninguna razón para no hacer lo mismo con los más recientes, pues sobre todo al novicio le resulta muy útil distinguir entre la fecha de realización y la de aparición de la edición que manejamos (ver Febvre en la bibliografía de este artículo para mayor aclaración).

En realidad lo que propongo es no hacer tanta distinción entre unos y otros, pues muchas veces estamos apoyándonos más en los maestros que nos precedieron que en la documentación, o en ésta a través de aquellos. Utilizamos como fuente (de ideas o de datos) a la bibliografía, pero la eximimos de ser sometida a crítica. ¿Por qué esa bula, esa patente de corso? ¿Por qué hay que saber quién fue Bernardino de Sahagún o Alonso de Zorita, su formación, su vida, lo que escribieron y las razones que les impulsaron a ello, pero no necesitamos saber nada de Pedro Carrasco o James Lockhart? Como si ellos no tuvieran entorno, formación, intención, necesidades y evolución. Sabemos que las ideas cambian, y eso afecta a la documentación, como hemos visto. Incluso las ideas de los investigadores cambian y son los primeros críticos, aunque no se haga explícito tal cambio más que en una lectura secuencial de las obras de un autor. Y hay que tener en cuenta la intencionalidad. La general y la específica. Y aquí es donde aparecen las publicaciones "cosméticas". Esa es la primera crítica, más bien criba, que hay que hacer. Dado como están las cosas, la intencionalidad de los autores se vuelve capital y los lectores deben extremar la prudencia. Además, tenemos a los editores, presionando para minimizar el aparato crítico e insistiendo en llegar al público más amplio posible: se pierde en el camino el trabajo de documentación y a veces el rumbo. Baja la calidad. Y lo malo es que muchas veces ése es el tono de los "manuales universitarios" con los que enseñamos doctrina y no oficio.

Pero no crean que es necesario saber la vida y milagros de cada autor y estar atentos a la competencia de los traductores. Basta con hacer "lectura profesional", con calibrar el trabajo de documentación de cada obra, para establecer su valía. La existencia de la cosmética en los currícula hace que no deba valerlos el simple nombre del autor, sino el trabajo concreto que tenemos entre manos. Neque semper arcum tendit Apollo.

## LA PERSPECTIVA DE LA AMÉRICA INDIA

El estudio de la América indígena es complejo. Es mucho espacio y mucho tiempo. Desde el poblamiento hasta hoy. Y como la tarta es grande, el reparto metodológico ha sido realizado, con las acostumbradas mezclas en las fronteras. Más o menos tenemos tres períodos y tres técnicas: arqueología para el Prehispánico, etnohistoria para el Colonial y etnología para el Contemporáneo. Pero la arqueología es cada vez más rebelde. Hay arqueología colonial e industrial, que invaden los ámbitos de otras metodologías. La etnohistoria no se queda corta. Estudia el último período prehispánico, a la espera de ver cómo se va a llamar el estudio de los mayas clásicos a través de sus textos (¿historia?) y se adentra en la época independiente, entrando en conflicto con la etnología, que no puede extenderse hacia el pasado, pero sí lo hace hacia el futuro. Una reflexión sobre ello quiero exponer aquí: ¿cuál es la frontera entre etnohistoria y etnología? Mi preocupación es si al estudiar pueblos indígenas en el siglo XX a través del testimonio dejado por observadores occidentales - aunque sean antropólogos - no estaré haciendo algo similar al estudio de los indios prehispánicos a través de la lectura de fray Bernardino de Sahagún y otros. ¿Es el trabajo de los etnólogos pasto de etnohistoriadores?

Toda esta mezcla es la que me hace valorar la idea de Carrasco<sup>21</sup> de que debemos hacer ciencia social y las disciplinas tienen que ver con la manera de obtener los datos, no con periodos, etnias, naciones ni nada por el estilo.

Los objetivos de todos son los mismos, pero los procedimientos y las posibilidades difieren. Ahora bien, hay una diferencia en la presentación de los trabajos. Los etnohistoriadores han tomado de los historiadores la forma de presentar su documentación, fundamentalmente a base de citas. Los arqueólogos y los etnólogos usan el mismo sistema para sus referencias a autores presentes o pasados, pero obran de distinta manera cuando se refieren al meollo de su trabajo.

Comencemos por la arqueología. Las monografías nos suelen presentar el resultado de una excavación, y con mucha menos frecuencia su desarrollo. Aún menos veces tenemos el planteamiento, la hipótesis que ha establecido con un sitio la relación investigador-fuente. Más llanamente: el arqueólogo juega un papel determinante en la "construcción" de sus datos. No solamente decide (cuando le dejan hacerlo, pues a veces la decisión es de otros) dónde excavar, sino como hacerlo, qué testigos dejar, qué buscar, etc. Y el problema es que al hacerlo destruye la evidencia. Y todos sabemos que el lugar que ocupaban los objetos es significativo. En realidad, los maestros recomiendan una especie de muestreo más o menos profundo, y luego hay muchos que tratan lo obtenido como una totalidad. También en arqueología es frecuente no subir al nivel interpretativo, sino quedarse en la descripción. Más o menos, el mismo nivel que los descubridores y editores de documentos. Así que, cuando vamos a hacer uso de algún dato arqueológico debemos aplicar todo el aparato crítico al autor del informe.

Algo similar pasa con la etnología, aunque aquí hay un problema añadido: una especie de secreto profesional que lleva a preservar la identidad de los informantes. Eso no quiere decir solamente el nombre, sino cualquier otra circunstancia que pueda facilitar la identificación. Y cuanto más pequeña es la comunidad, menos pistas se pueden dar. Todo el crédito hay que dárselo al etnólogo y a él es a quién hay que exigir. Si añadimos que raramente se describe pormenorizadamente la forma en que se ha llevado a cabo el trabajo, el tiempo empleado, los cuestionarios utilizados, las observaciones personales, etc, tenemos que el etnólogo es el "más autor" de nuestros especialistas. No es raro, pues, que de sus trabajos se extraigan más frecuentemente las ideas que los datos concretos, de difícil verificación. Lo malo es que nuestros teóricos nos recomiendan la duda sistemática, la sospecha continua... y es muy difícil establecer el trabajo documental de un informe etnográfico.

Problemas añadidos tenemos cuando hay que emplear más de un método. La inconexión entre lo que manifiestan los distintos tipos de evidencias es notoria. El desfase entre la arqueología y la etnohistoria es, en el caso mexicano, por ejemplo, una vergüenza. Y como consuelo de tontos, en el Viejo Mundo pasa lo mismo. Por eso hemos traído a colación a Finley.

Hay nuevos objetos utilizados como fuente que requieren el establecimiento de su crítica. Es obvio que no busca lo mismo, ni necesita apoyarse en los mismos datos quien trata de reconstruir la forma de vestir o el mobiliario de una época viendo cuadros, que quien estudia los artistas. A aquél le concierne el tema del cuadro y la posible "actualización" de los motivos representados: ¿son las vestiduras de una Susana o una Judtih renacentistas reconstrucciones del vestir antiguo o van vestidas de "modernas"? Y es a propósito que aparecen estas señoras, pues quiero resaltar un problema que ya se produce en los

---

<sup>21</sup>. 1987.

departamentos de Arte en España: al haber dejado de enseñar Historia Sagrada a los niños, los estudiantes no suelen tener ni idea de los episodios que se solían pintar en los siglos XV y XVI. Lo mismo va a ocurrir en cuanto los historiadores del Arte no estudien historia y se encuentren con La rendición de Breda o Carlos V en la batalla de Mühlberg, por ejemplo.

Otros lugares donde buscar datos o ideas son muy discutidos. Algunos investigadores no consideran serio que uno se ilustre leyendo novelas o viendo películas o, mejor aún, viviendo. ¿Cómo hablar de la vida sin conocerla? Ya lo dijo Febvre. A los etnólogos de gabinete se les ha criticado que no viajaban, no hacían trabajo de campo. Yo les criticaría que no salían del gabinete, que vivían una vida tan intelectual que no sabían de la vida de la gente. Pero se dedicaban a estudiarla.

Dos cosas para terminar. Una la "democracia de los datos". No existe. Aquí cuenta la cualidad, más que la cantidad. El ejemplo de Cipolla es contundente: muchos testigos jurarán haber visto al diablo y no encontraremos a nadie que haya visto a Pisítrato. Además de ilustrar el caso, nos da una pista sobre la personalidad del autor (y de la mía, por citarlo).

La otra, la relación del tema con el Museo. La nueva manera de pensar las fuentes nos obligará a visitar con más asiduidad los Museos, a ver sus colecciones y a explorar su génesis. Ahí está la crítica de los objetos de Museo, muchos de ellos descontextualizados. Excavaciones recientes, como la del Templo Mayor de México-Tenochtitlan nos han mostrado como la clasificación estilística es muy peligrosa: los mexica usaban objetos olmecas, teotihuacanos, toltecas, etc, planteándonos interesantes problemas y abriéndonos los ojos. Bien está. Busquemos nuevas fuentes, interroguémoslas, démosles el crédito debido y expliquemos el por qué, en beneficio del uso que de nuestros datos puedan hacer los colegas y de la crítica que hayan de efectuar a nuestro trabajo. Facilitemos la labor a los demás, para poderles exigir que faciliten la nuestra.

## BLIBLIOGRAFIA

AROSTEGUI, Julio

1995 *La investigación histórica: teoría y método*. Crítica, Barcelona.

CARRASCO, Pedro

1987 Sobre la etnohistoria en Mesoamérica. En Juan Manuel Pérez Zevallos y José Manuel Pérez Gollán, compiladores. *La etnohistoria en Mesoamérica y los Andes* 15-24. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F.

CIPOLLA, Carlo

1991 *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*. Crítica, Barcelona.

FEBVRE, Lucien

1974 [1953] *Combates por la historia*. Ariel, Barcelona.

FINLEY, Moses I.

1986 *Historia Antigua. Problemas metodológicos*. Crítica, Barcelona.

GONZALEZ, Luis

1988 *El oficio de historiar*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, México.

KRAGH, Helge

1989 *Introducción a la historia de la ciencia*. Crítica, Barcelona.

WOOD, Stephanie

1987 Pedro Villafranca y Juana Gertrudis Navarrete: falsificador de títulos y su viuda. En David G. Sweet y Gary Nash *Lucha por la supervivencia en la América Colonial*: 472-485. Fondo de Cultura Económica, México.

1989 Don Diego García de Mendoza Moctezuma: A Techialoyan Mastermind? *Estudios de Cultura Nahuatl* 19: 245-268.